

LA ARMONÍA ENTRE PROGRESO Y FIDELIDAD EN EL PENSAMIENTO DEL BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

Patricia Moya Cañas*

Introducción

Se habla frecuentemente de tecnología, ciencia e investigación de punta o de vanguardia. La Universidad como foco de conservación y de progreso de la cultura busca esta posición de vanguardia y hace en todos los países grandes esfuerzos e inversiones para mantener esta postura de primera línea. Pero detrás de todo este esfuerzo, en gran medida movido por la competencia, se puede encontrar algo más profundo e importante en el trabajo universitario que tiene en el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer un ejemplo y una enseñanza digna de considerar.

El Beato Josemaría vivió y promovió entre los fieles de la Prelatura del Opus Dei y las personas con las que mantuvo contacto, un trabajo de vanguardia. Lo vivió personalmente, queriendo que en el trabajo que ocupó la mayor parte de su vida, que fue el gobierno del Opus Dei, existiera esta mentalidad de progreso, de apertura y de innovación. Impulsó a las personas que tenía a su alrededor a incorporar todos los medios técnicos y a estar al día en los estudios que les correspondían para sacar

* Licenciada en Filosofía. Doctora en Filosofía. Profesora de Teoría del Conocimiento e Historia de la Filosofía Medieval, Instituto de Filosofía, Universidad de los Andes, Chile; pmoya@uandes.cl

adelante sus tareas. Y todo esto lo conjugó con un constante empeño en mantener la perennidad de la fe cristiana

Hay dos conceptos fundamentales del pensamiento del Beato Josemaría que explican en gran parte todo lo que después diré y que están expresados magistralmente en la homilía “Amar al mundo apasionadamente”, a saber, la unidad de vida y lo que él llama en este texto el “materialismo cristiano”. Ideas muy entrelazadas y que promueven o indican una manera de vivir la vida académica, podemos pensar de una manera más concreta en este momento, en perfecta coherencia con la vida cristiana. Ideas que nos llevan también a buscar en la universidad el sentido noble y original de este logro por la vanguardia, por estar realmente en una investigación y docencia de punta, pero para ponerlos al servicio de Reino de Dios en el momento que nos toca vivir.¹

Esta unidad de vida, o la lucha por alcanzarla, permite a la persona situarse en el eje mismo de los cambios y del progreso humano, porque en el momento del materialismo cristiano, es decir, en ese asumir la actividad universitaria –o cualquiera otra que ésta sea– con un profundo sentido cristiano, el trabajo necesariamente adquiere o tiende hacia la mayor perfección posible por parte del que lo realiza, entroncando así con el mensaje esencial del Opus Dei: la santificación del trabajo.

En este –como en otros temas que se han presentado– encontramos una confluencia de aspectos, todos perfectamente coherentes entre sí, que son los que dan fuerza al espíritu que vivió y enseñó el Beato Josemaría.

En esta comunicación resaltaré dos facetas de la misma realidad del “materialismo cristiano”: el espíritu emprendedor y creativo frente a los cambios sociales y culturales y la fidelidad y firmeza en lo perenne en medio del progreso y del cambio.

¹ Cfr. *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 1986, 15ª ed., n. 114.

1. Espíritu emprendedor y creativo frente a los cambios sociales y culturales

Para el Beato Josemaría, en su sentido más profundo, el cambio social y cultural no era algo que el cristiano viese, ni viviese desde fuera. Esta idea aparece ya en el primer punto de *Camino*, si lo leemos desde esta perspectiva: “Que tu vida no sea una vida estéril. –Sé útil. –Deja poso. –Ilumina, con la luminaria de tu fe y de tu amor. Borra, con tu vida de apóstol, la señal viscosa y sucia que dejaron los sembradores impuros del odio. –Y enciende todos los caminos de la tierra con el fuego de Cristo que llevas en el corazón.”² Como también en la homilía “Amar al mundo apasionadamente”: “Son muchos los aspectos del ambiente secular, en el que os movéis, que se iluminan a partir de estas verdades. Pensad, por ejemplo, en vuestra actuación como ciudadanos en la vida civil. Un hombre sabedor de que el mundo –y no sólo el templo– es el lugar de su encuentro con Cristo, ama ese mundo, procura adquirir una buena preparación intelectual y profesional, va formando –con plena libertad– sus propios criterios sobre los problemas del medio en el que se desenvuelve; y toma, en consecuencia, sus propias decisiones que, por ser decisiones de un cristiano, proceden además de una reflexión personal, que intenta humildemente captar la voluntad de Dios en esos detalles pequeños y grandes de la vida.”³ Cada uno de nosotros hemos de ser protagonistas de nuestra cultura; la forjamos desde nuestro sitio en la sociedad, desde la familia en la que estamos insertos, desde el trabajo, desde la participación ciudadana, etc. El Beato Josemaría llamaba a ser agente activo en la propia nación, en el lugar que a cada uno toca vivir en la sociedad, en el ejercicio de la profesión.

Los cambios se estudian a posteriori; y es así como son objeto de un análisis reflexivo de tipo histórico-social o filosófico, pero en su realización, *se viven*. Aunque obviamente no son producto de un impulso espontáneo, sino como se cita en la homilía pronunciada en el *campus* universitario

² *Camino*, Madrid, Rialp, 35ª ed. castellana, 1980, n. 1.

³ *Conversaciones*, n. 116.

de Navarra, hay también que ponderar y reflexionar acerca de lo que es la Voluntad de Dios para esa cuestión determinada. Pero se trata de una reflexión práctica que aprovecha las luces de la propia formación espiritual y profesional para influir en esa forja de la sociedad y del propio ambiente.⁴

Más concretamente, cuando la gestación del progreso exige algún tipo de cambio, el Beato aconsejaba que este estudio previo mantuviese el equilibrio entre “la amplitud de horizontes, y una profundización energética, en lo permanentemente vivo de la ortodoxia católica”.⁵ Éste es para el Beato el quid de un espíritu emprendedor y creativo en la sociedad, que aleja el afán de progreso de un mero deseo de estar en la primera línea de la competencia o de lo que aparece como lo académico o socialmente más actual.

El n.1 del libro *Conversaciones* da muchas luces al respecto. El contexto de la pregunta es el tema del *aggiornamento*, término frecuentemente usado en los medios eclesíasticos en la época del Concilio Vaticano II y los años posteriores a éste. No quiero detenerme en el aspecto teológico o eclesial de la respuesta que el Beato Josemaría dio al verdadero sentido que esta palabra tiene en la vida de la Iglesia, sino en lo que de su respuesta podemos extraer para nuestro tema puntual. Dice que *aggiornamento* significa, sobre todo, fidelidad: “Para mí *aggiornamento* significa sobre todo eso: *fidelidad*. Un marido, un soldado, un administrador es siempre tanto mejor marido, tanto mejor soldado, tanto mejor administrador, cuanto más fielmente sabe hacer frente en cada momento, ante cada nueva circunstancia de su vida, a los firmes compromisos de amor y de justicia que adquirió un día”.

Fijémonos en este hacer frente en cada momento, ante cada nueva circunstancia, a los compromisos adquiridos. Este vivir al día, o renovando cada día, lo que una vez se vio y decidió con claridad: la elección matrimonial, profesional, etc. Se trata de mantener en el tiempo de una manera

⁴ “No basta el deseo de querer trabajar por el bien común; el camino para que este deseo sea eficaz, es formar hombres y mujeres capaces de conseguir una buena preparación, y capaces de dar a los demás el fruto de esa plenitud que han alcanzado”. “La Universidad al servicio de la sociedad actual”, entrevista realizada por Andrés Garrigó. Publicada en *Gaceta Universitaria*, Madrid, 5.X.67.

⁵ *Surco*, n. 428, Madrid, Rialp, 2ª ed., 1986.

viva esa elección y no sólo perpetuar una decisión inicial movido por la rutina o el cumplimiento seco del deber. Así continúa la respuesta: “Esa fidelidad delicada, operativa y constante –que es difícil, como difícil es toda aplicación de principios a la mudable realidad de lo contingente– es por eso la mejor defensa de la persona contra la vejez de espíritu, la aridez de corazón y la anquilosis mental”.

Efectivamente, la persona que está en la activa gestación de los cambios, porque está realizando su trabajo no puede sino tener este espíritu emprendedor y creativo. Cambio y fidelidad son como los dos ejes de esta respuesta, que en realidad también se pueden entender como uno solo, porque una fidelidad viva, auténtica, requiere de cambios, de aplicaciones. Claras son estas palabras suyas: “A los laicos que trabajan inmersos en todas las circunstancias y estructuras propias de la vida secular, corresponde de forma específica la tarea, *inmediata y directa*, de ordenar esas realidades temporales a la luz de los principios doctrinales enunciados por el Magisterio; pero actuando, al mismo tiempo, con la necesaria autonomía personal frente a las decisiones concretas que hayan de tomar en su vida social, familiar, política, cultural, etc.”⁶

La clave del espíritu emprendedor y creativo que promovía y vivía el Beato, no es el cambiar por cambiar, sino que es la aplicación, es decir, el ejercicio de la virtud de la prudencia, como parte de la sabiduría práctica que ha de caracterizar a la persona que es protagonista de la cultura. Para que esto sea posible, se requiere amplitud de horizontes: una visión capaz de abarcar la tradición y, junto con ello, proyectar nuevos caminos, abrir nuevos rumbos. Esta faceta se refleja en la continuación del punto de *Surco* n. 428, anteriormente citado, en el que se refiere a dos disciplinas concretas, pero que puede darse también en otros campos:

“–afán recto y sano –nunca frivolidad– de renovar las doctrinas típicas del pensamiento tradicional, en la filosofía y en la interpretación de la historia...;

“–una cuidadosa atención a las orientaciones de la ciencia y del pensamiento contemporáneos;

“–y una actitud positiva y abierta, ante la transformación actual de las

⁶ *Conversaciones*, n.11. .

estructuras sociales y de las formas de vida”.

El texto es lo suficientemente explícito, pero podemos sacarle mucho partido desde esta perspectiva que quiero resaltar del espíritu emprendedor y creativo. Un primer aspecto es el deseo de renovación que se entiende justamente como opuesto a la superficialidad, porque al que realiza una renovación le mueve el querer profundizar, el deseo de conocimiento que todo hombre lleva consigo que no tiene un término definitivo en ningún área del saber humano. Se está aquí entendiendo el cambio, como algo opuesto al afán innovador del que se cansa con lo que ya tiene y busca lo diferente por sí mismo, sino como el que no se detiene en lo que ya obtuvo, sino que busca más, movido por la necesidad de responder de una manera más adecuada a las cuestiones que la sociedad o que uno mismo se plantea. Es una renovación que tiene un sentido definido, que está orientada hacia una meta que siempre quedará más allá de nuestras posibilidades, pero que no podemos sino buscarla.

Además esta búsqueda está motivada por los requerimientos y aportes de la ciencia y del pensamiento en el cual estamos inmersos. Esto supone en el cristiano, abocado a su trabajo cotidiano, un constante diálogo con la propia cultura; también con las cuestiones que le plantea la vida cotidiana; el interés por lo que está sucediendo en su alrededor y, en definitiva, por lo que le sucede a él mismo, ya que él es un sujeto de esa cultura. Está inserto en un horizonte que no es otro que el del mundo en el que vive del cual es, en un sentido, sujeto pasivo, porque es afectado por las realidades que lo constituyen y, en otro sentido, agente, pues está construyéndolo. Tal como señala el Beato en “Amar al mundo...”, la existencia cristiana está muy lejos de ser espiritualista, algo “propio de gentes *punitas*, extraordinarias, que no se mezclan con las cosas despreciables de este mundo, o, a lo más, que las toleran como algo necesariamente yuxtapuesto al espíritu, mientras vivimos aquí.”⁷ Es el mismo título que el Beato dio a la homilía el que se refleja en estas palabras que indican claramente que el cristiano ha de contribuir directamente en el mundo como algo propio de su condición, porque no es un ciudadano segregado o que considere de poca importancia lo que ocurre a su alrededor.

⁷ *Conversaciones*, n. 113.

Es verdad que no todo progreso es positivo, o mejor dicho, que no todo cambio es progreso, sin embargo, me atrevo a señalar, que la actitud que propone el Beato Josemaría es de una apertura al cambio. Plantea como positivo el deseo de examinar lo que el cambio trae consigo, atender a por qué se sugiere este cambio en las conductas de las personas o de la sociedad civil. Esto es reconocer el dinamismo de la vida, su riqueza que no podemos dejar escapar por una rigidez o absurdo conservadurismo.⁸ Es, en definitiva, el amor apasionado al mundo el que le lleva a verlo como un campo de opciones favorables, que pueden contribuir al desarrollo humano y con él, necesariamente a una mayor y mejor relación con Dios. Todo esto entraña, si nos mantenemos en un nivel profundo de consideración, el cambio y el desarrollo humano.

El progreso humano y los necesarios cambios que este progreso pueda originar, están enraizados en el pensamiento del Beato en su visión del trabajo como medio de santificación personal y de las personas e instituciones a las que este trabajo trasciende. Santificación del trabajo, significa en el lenguaje de Escrivá de Balaguer, realizar la ocupación que cada uno tiene entre manos con la mayor perfección posible y, como consecuencia, la ausencia de mediocridad. Esto exige audacia,⁹ pues la tendencia de los hombres es contentarnos con una actitud mediocre o capitidismínida. Pero es justamente el modelo de nuestro Maestro Jesucristo, perfecto Hombre, el que nos mueve a infundir en el trabajo profesional y en las relaciones que establecemos a partir del trabajo, una cota alta de exigencia.

La audacia es una virtud a la que alude frecuentemente el Beato en sus escritos y concretamente en estos que examino más de cerca: en el número 416 de *Surco* dice textualmente: “El Señor necesita almas recias y audaces, que no pacten con la mediocridad y penetren con paso seguro en todos los ambientes”. Se puede considerar, en primer lugar, el aspecto personal de la audacia con relación al trabajo. Desde esta perspectiva el cristiano tiene que dar lo más de sí mismo, sin temor a sus posibles limitaciones o sin temor a gastarse,¹⁰ porque cuenta siempre con la

⁸ “Es virtud mantenerse coherente con las propias resoluciones. Pero, si con el tiempo cambian los datos, es también un deber de coherencia rectificar el planteamiento y la solución del problema.” *Surco*, n. 605.

⁹ *Surco*, n. 416.

¹⁰ Cfr. *Camino*, nn. 11 y 401.

gracia de Dios y porque su trabajo, cualquiera que éste sea, siempre tiene una proyección social que reclama de sí lo mejor de su persona. Esta idea, además de estar plasmada en sus escritos, está también reflejada, de una manera admirable, en la propia vida del Beato que desde joven emprendió grandes tareas para las que no contaba con medios materiales o humanos, pero a los que se dedicaba con todo su empeño, porque sabía que tenía la gracia de Dios.¹¹

Como adelantaba, la audacia tiene en el pensamiento del Beato un aspecto que podríamos llamar social o también apostólico. Es ese penetrar con paso seguro en todos los ambientes del que nos habla en el n. 416 de *Surco*. El cristiano con su trabajo no busca el éxito personal como fin en sí mismo. Busca sobre todo el prestigio profesional como un medio por el cual puede y debe poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas.¹² El cristiano debe penetrar con paso seguro en su ambiente, porque tiene algo serio, importante que decir a la sociedad en la que está inserto, porque es transmisor del Evangelio y con éste de las verdaderas soluciones, soluciones cristianas, para las necesidades de la sociedad.¹³ Paso seguro, porque aunque se encuentre con ambientes hostiles su misión es iluminar todos los sitios en los que se desenvuelve la actividad humana. La audacia es necesaria para llegar lejos, para estar en todos los ambientes sin mundanizarse, ambición que movía su corazón desde muy joven y que nunca se agostó.

La otra cara de este modo de comportarse en el mundo es la fidelidad y la firmeza en lo perenne, en medio del progreso y del cambio.

¹¹ Cfr. Vázquez de Prada. *El Fundador del Opus Dei, I. ¿Señor, que vea!*, Madrid, Rialp, 1997, p. 508, en la que se relata el comienzo de la Academia DYA, tarea que el Beato realizó sin contar con medios humanos. Se pueden también citar palabras suyas en su viaje a Argentina el año 1974 con las que animaba a las mujeres del Opus Dei de ese país a extender los apostolados: "Argentina es una promesa espléndida de servicio a Dios Nuestro Señor y a las almas; y una realidad encantadora. Y Paraguay y Uruguay, lo mismo. La próxima vez que venga a Argentina será porque tengo que ir a Paraguay y al Uruguay. Allí también hay almas que nos están esperando, lo mismo que en Argentina". Apuntes tomados de la predicación oral del Beato Josemaría en el viaje anteriormente mencionado.

¹² Cfr. *Camino*, nn. 347 y 372.

¹³ "En una sociedad en la que el afán desenfrenado de poseer cosas materiales las convierte en un ídolo y motivo de alejamiento de Dios, el nuevo Beato nos recuerda que estas mismas realidades, criaturas de Dios y del ingenio humano, si se usan rectamente para gloria del Creador y al servicio de los hermanos, pueden ser camino para el encuentro de los hombres con Cristo", Juan Pablo II, homilía en la solemne Misa de Beatificación de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, Roma, 17-V-1992.

2. En el medio del progreso y del cambio, la fidelidad, la firmeza en lo perenne

Este progreso, analizado en su sentido profundo, sin dejarse llevar por aparentes necesidades de estar al día, exige del cristiano un temple sereno, equilibrado, una voluntad inflexible para llevar a cabo lo que debe realizar, y junto con esto, un elemento esencial: fe profunda y piedad ardiente.¹⁴ Dificilmente se podrá desviar en su camino de instaurar el Reino de Dios, quien reúna, o luche por reunir, estas características en su persona, porque ahí está la garantía de la ortodoxia de la doctrina, ya que la cercanía a Dios en una vida de intensa piedad aleja el peligro de un actuar frívolo, movido por las conveniencias del momento o por deslumbramientos de modas o ideologías. Es la piedad la que asegura la rectitud. Por ese camino la persona se esfuerza en no buscarse a sí misma, sino que tiene entre sus manos exclusivamente los intereses de Dios: “Ésta es tu tarea de ciudadano cristiano: contribuir a que el amor y la libertad de Cristo presidan todas las manifestaciones de la vida moderna: la cultura y la economía, el trabajo y el descanso, la vida de familia y la convivencia social.”¹⁵ La noticia que el cristiano ha de proclamar especialmente con su vida y a través de su actividad ordinaria, es una noticia nueva no por ser última en el tiempo, sino por su perenne actualidad y porque esta nueva enriquece al hombre. El cristiano es portador de humanidad de tal modo que nunca es ajeno al cambio social, sino su agente, pero desde la dimensión de lo más genuinamente humano: del conformarse él y conformar la sociedad al modelo del Hombre perfecto: Cristo.¹⁶

La piedad, siempre lo entendió así el Beato, va acompañada de doctrina y ésta exige formación. El cristiano es un hombre con una misión. El Beato Josemaría entendía esa misión como el “ser portador de humanidad y transmisor de una novedad eterna. –Por eso, el apóstol necesita ser un

¹⁴ Cfr. *Surco*, n. 417.

¹⁵ *Surco*, n. 302. Ver también *Camino*, n. 764.

¹⁶ Cfr. Vázquez de Prada, Andrés. *El Fundador del Opus Dei*, pp. 380-381 en las que se narra el suceso en el cual el Beato Josemaría tuvo una experiencia mística en la que vio con claridad que Cristo debía ser puesto en la cumbre de todas las actividades humanas con el trabajo ordinario de los cristianos.

alma largamente, pacientemente, heroicamente formada.”¹⁷ Como decía al comienzo de la exposición, en esta acción que todo hombre está llamado a realizar en la sociedad, y muy particularmente el cristiano, es imprescindible la preparación, el estudio, la reflexión seria ante los acontecimientos que suscita el progreso y la misma historia de los pueblos. Es éste el sentido que tienen los nn. 928 y 930 de *Surco* en los que se anima a la persona joven a adquirir prestigio profesional y a tener una gran convicción en sus ideas para poder así propagarlas con mayor eficacia. Todo esto, como se ha visto, está inserto en el sentido apostólico que tiene la vida del cristiano en la que la lealtad a las enseñanzas del Evangelio son un acicate para hacerlas cada vez más actuales en la vida de las personas que lo rodean.

El afán exclusivo de novedades mueve a algunos a atacar el cristianismo, reprochándole el quedarse anclado en verdades que ya no son válidas para el hombre contemporáneo, pero, en realidad, es que esas personas no conocen lo que es la verdad y caen en el absurdo de pensar que sólo lo nuevo nos puede decir algo. La misma vida nos muestra que necesitamos volver una y otra vez a las cosas esenciales y que el afán de novedad por la novedad, la mayor parte de las veces oscurece y complica el camino hacia la verdad.¹⁸ No podemos entrar ahora en una argumentación filosófica del porqué de la perennidad de la verdad, sino sólo enfatizar que cuando nos movemos en un nivel de profundidad en el que tratamos asuntos que conciernen al ser del hombre y a la naturaleza de la sociedad, la novedad que cabe es la de hacer más luminosa esta realidad. Es la clásica admiración que sabe ver siempre como nueva las verdades esenciales e impregnar de esa novedad la aplicación de estas verdades al orden personal y social.

Conclusión

El análisis de esta faceta del pensamiento y de la vida del Beato Josemaría, ha querido mostrar que el espíritu cristiano, desde sus inicios en la

¹⁷ *Surco*, n. 419.

¹⁸ Cfr. *Surco*, nn. 937 y 901.

enseñanza de Cristo y los Apóstoles, hasta ahora, está en perfecta concordancia con el progreso que el mismo Dios, al dotar al hombre de inteligencia, ha querido para nuestra vida.

No siempre es fácil armonizar ambos aspectos y solamente la vida de piedad, el cultivo de la doctrina y la audacia para penetrar de sentido cristiano las realidades humanas, hacen posible no dejarse arrastrar por el afán de novedades como si fuera el fin de la existencia.

Se trata, en definitiva, de ese apasionado amor al mundo que caracterizó la vida del Beato Josemaría, puesto hoy por la Iglesia como modelo para todos los cristianos. El amor al mundo estaba en él íntimamente unido al amor a Cristo que le movía a poner su trabajo en el mundo al servicio y gloria de Dios.